

# CARA

Por IGNACIO AGUSTI

# Y CRUZ

## Las gafas reales

**U**N amigo mío, don José María Junoy, excelente crítico de arte, observaba un fenómeno singular en "La familia de Carlos IV", de Goya. Solía decir que, a través de la fisonomía de los personajes que son el tema de este cuadro, se advertía la ruptura de algo sustancial en la estructura de la España histórica. No sólo la pareja real, sino las figuras secundarias del cuadro, habían perdido, por lo menos a través de los pinceles de Goya, el sentido de la realeza. Pese a la pompa de atuendos y al empaque de las posturas, aquéllos son seres ya plebeyos. La mirada aguda y maliciosa de la Reina María Cristina, el aire bobaticón y desmedrado del Rey don Carlos, la indiferencia de los hijos y parientes de los monarcas y una ausencia total de majestad, son indicios de que algo extraño bullía y se encrespaba fuera de palacio y que había quizá llegado a contaminar la psiquis de las personas que eran el símbolo del poder. Aun cuando el retrato, o los retratos, son anteriores a la pugna política que ese reinado originó en España, hay en ellos como una dramática premonición de los desequilibrios posteriores. El contraste es evidente con aquellas otras figuras velanqueñas de la casa de Austria, llenas de majestad. Los Felipes, que humanamente no ofrecían con toda probabilidad mejor modelo plástico al pintor, eran, sin embargo, cabalgadores de la Historia y la señoreaban, pese al perfil enfermizo y a los ojos sin brillo del modelo. De ahí, concluía nuestro amigo, que en la iconografía de los poderosos debe estar inserta la majestad del rango, puesto que el poder y su facha exterior se confunden de tal modo, que muchas veces lo que verdaderamente manda es la figura. Y en una familia, como la de Carlos IV, que renunciaba deliberadamente a la soberbia de posar para la Historia, evidentemente se desertaba del papel en la Historia.

Don Pedro Mowlane Michelena solía decir, por su parte, que el mundo político había sido trastocado en el momento en que los Reyes —se refería a los Reyes escandinavos— habían trocado la espuela ecuestre de los grandes lienzos por el pedal de la bicicleta. Esos monarcas velocipedicos y tenistas eran, para él, la negación de la gran Historia. Sin duda mucha gente imaginaba, como don Pedro Mowlane, que los Reyes, en sus exhibiciones públicas, no debieran bajar nunca del caballo. En cuanto han descendido de ese ecuestre pedestal, que les daba lugar preeminente en el mundo en que vivimos, los Reyes han descendido también de la Historia y se han mezclado con el peatón apócrifo, con evidente riesgo de perder sus prerrogativas y la renuncia a toda eminencia.

Se puede estar o no de acuerdo con el criterio de nuestros dos ilustres y difuntos amigos, pero lo cierto es que toda realeza implica una sumisión a las leyes de una noble iconografía. No acabamos de saber por qué fue grande el Rey Sol, o por qué veneramos la memoria de Carlos I, el Emperador, o de Felipe II, su hijo. Para nosotros, Luis XIV es una majestad exteriorizada en una peluca y una casaca; Carlos I no mucho más que un mentón prominente y una aguda barbilla negra. Imaginar a Luis XIV sin una casaca de bucles sobre los hombros o a Carlos I sin el aditamento capilar que le es propio, sería echar un borrón sobre las páginas de la Historia.

Por ello nos extraña y nos alarma presenciar hoy la mudanza externa de algunas efigies de monarcas. La que Balduino I de

Bélgica está organizando en su fachada, que hasta ahora considerábamos inmutable, puede comportar serios inconvenientes al porvenir de su dinastía y socavar los basamentos de su popularidad. La facha del Rey Balduino tenía una exteriorización un poco gris y anodina y su perfil era el de un estudiante aplicado en alguna facultad de Letras o de Ciencias Morales y Políticas. Disimulaba tras unas gafas de carey el brillo de una mirada melancólica que, en su conjunto, resultaba muy de nuestro tiempo. Pues bien: según parece, el Rey Balduino ha decidido quitarse esas gafas que formaban parte de su personalidad y en las que muchos situábamos su personalidad entera. Ha resuelto aplicar a sus pupilas el contacto directo de unos lentes que no tienen relieve exterior, sino que van adheridos al glóbulo de sus ojos. Ese Luis XIV, sin peluca ahora, nos resulta un personaje distinto al que era. Acaba de destruir o de modificar su iconografía.

Un Rey joven, sumiso y con gafas, le iba muy bien a esa Bélgica cruzada por el juego libre de los partidos políticos. El gesto de quitarse las gafas implica una cierta noción de brusquedad. Esos adminículos producen, en muchos casos, en quien los lleva, una sensación defensiva y son signo de timidez. Aun es signo de desigualdad el llevar unas gafas cuando se empieza una reyerta. Pegarle a un tipo con gafas es un síntoma desagradable en un altercado. Habrá que esperar, para empezar a arrearle, a que el otro se quite las gafas para obtener una cierta medida y equidad.

Las gafas del Rey Balduino le iban muy bien a un sistema en que la Monarquía ha de lidiar con el socialismo; representaban una reserva indulgente, una garantía de respeto y de moderación. Al Rey Balduino, con gafas, no le hubiera sentado bien la aventura política y polémica en que se ha enfrascado Constantino de Grecia, campeón olímpico, el cual ha aceptado impávidamente la lucha en la calle. Hasta ahora, Balduino era un Rey de laboratorio, un poco distante y mitantrópico, con un dulce corazón al que el brillo de las gafas eliminaba los relámpagos pasionales y la acción desmesurada. ¿Qué pasará ahora, sin las gafas?

Es peligroso modificar lo último que queda de las Monarquías, que es la facha de sus Reyes. Balduino I estaba ya impreso con gafas para la posteridad. Con gafas estaba en los billetes de Banco y en los timbres móviles; estaba con gafas en los medallones y en los sellos de correo. Empezar una reforma fisonómica en estos rasgos, ya esculpidos en bronce para la posteridad, equivale a algo más grave que reformar la Constitución. Como contraste con la mirada frenética y dura de los dictadores, con el fulgor escenográfico de las pupilas de Hitler o la órbita ocular de Benito Mussolini, las gafas de Balduino eran el modelo mismo del sistema constitucional y ponían, a tantos excesos como hemos pasado, un mate sossegado. Ahora, todos miraremos al fondo de los ojos de Balduino con un cierto temor, como un presagio de futuras catástrofes.

No dudamos que Balduino I era un ser inteligente; pero con gafas tenía la virtud, inapreciable para una Monarquía, de no parecerlo. Es una gran ventaja para esas Instituciones que los titulares de una dinastía parezcan un poco tontos. Sería hoy inimaginable un Rey dotado de relámpagos geniales. Los Reyes de hoy deberían ser unos seres mates y be évolos, como Balduino cuando llevaba gafas. Sin ellas, nos dará la impresión de que vuelve a borbotores una sangre histórica y tenaz, peligrosa para la suerte de su pueblo. Póngase de nuevo las gafas al Rey Balduino, como si se pusiera la corona, y no retoque ya la imagen que de él tenemos formada. Ello sería como volver a fundir intempestivamente un bronce histórico, con los riesgos consiguientes.